



OBSESION



Recuerdo, doctor, la obsesión de ver cómo se duchaba mi prima. Lo más fácil hubiera sido entrar por la ventana, disfrazado de polución atmosférica, pero mi prima siempre la cerraba a tiempo. Me disfracé entonces de cara de Bémez. Era un buen disfraz que, sin embargo, se estropeó con el vapor y las sal-

picaduras. Me disfracé luego de novela policiaca abandonada al azar en el taburete. Por desgracia, mi prima ya me había leído y me echó fuera, con gesto de desdén. Probé un simple disfraz de desodorante íntimo. Lo malo es que apesto a tabaco y me salió mal. Al fin, decidí disfrazarme de notario. Mandé a seis querubines para que derribaran la puerta y destrozaran las cortinas de plástico. Entré. Mi prima se asomó, perpleja. Me puse muy nervioso y empecé a gritar: ¡decencia, decencia! Ah, doctor, fue terrible lo que me pasó entonces. Sí. Por suerte, ahora vivo en esta pulcra residencia donde ninguna visión procaz perturba mi espíritu. Fornidos enfermeros cuidan de mí y es agradable. No obstante, doctor, después de mucha meditación, he descubierto que yo no quería ver a mi prima en la ducha. Yo quería ver a mi mamá.

DESCARTES UNA

